

Fiesta en Dead Dawg Saloon

El bullicio resonaba en el aire seco de las puertas de salida. Hace ya 15 partidas anuncié la llegada de nuevas personas.

—Tu ponte acá y tu aquí y...¡Bubba vuelve a tu lugar!— Philip iba de un lado a otro juntando y acomodando a todos como perro pastor con su ganado. Quería que todo estuviera perfecto para la bienvenida, porque esta vez le había tocado a él organizarla. Creo que es el único que compartía mi entusiasmo —. Nea ¿Dónde está tu gorro festivo?

—No me pondré esa cosa.

—Si te la pondrás.

—¡No puedes obligarme!— exclamó con la nariz en alto. La sombra del Espectro cubrió la cara de Nea. Tenía la mirada llena de furia.

—Póntelo—. Ella apartó los ojos para pensarlo un momento. Al alzarlos, rebozaban de picardía. Tras varios segundos de silencio, Philip dejó caer sus hombros y suspiró.

—Te daré 10,000 puntos de sangre.

—20,000.— Su rostro se arrugó con desagrado tras escuchar esa cifra.

—Está bien. — Y con eso, Neah sonrió de oreja a oreja mientras se acomodaba el puntiagudo gorrito de papel sobre su gorra gris. Philip fantaseaba con ahorcar a la muchacha, pero no lo hizo. Para eso están las partidas, El Espectro la encontraría al día siguiente en la Torre de Carbón, dejándola para último momento. La ilusa chica estaba segura de que encontraría la trampa, pero no lo logró.

—¡Ahí vienen!— anunció Jane por encima del cuchicheo de sus compañeros.

—Okay, okay ¡Shhh!— Las voces cesaban mientras Philip terminaba de acomodar a las últimas personas antes de trastabillar hasta su lugar asignado en la multitud.

La niebla se deslizaba hacia ellos desde la linde del desierto. La anticipación acalló a todos. Varios trataron de forzar sus ojos para poder distinguir mejor las siluetas opacas que se acercaban a ellos, pero no dejaría que vieran nada hasta que yo lo quisiera. Comenzaron a tomar forma al aproximarse al resto: Una chica delgada y pequeña, que muchos asumieron era un muchacho debido al cabello corto color castaño claro. Nadie pensó en eso cuando vieron hacia el otro lado, pues las curvas de esta otra silueta eran evidentes, incluso con la mujer oculta tras la niebla.

Y en medio de ambas, una sombra de casi dos metros de altura atravesó la niebla. El hombre rubio de gafas oscuras y gabardina negra imponía temor y respeto. Su fuerza era evidente por la anchura de su espalda, e incluso con las gafas lograba emanar malicia y desdén. Miró a la muchedumbre de un extremo a otro, lentamente y con pereza. No

había duda alguna de que ese era el asesino, todos lo sabían. Varios supervivientes pasaron saliva al pensar en esa figura persiguiéndolos.

Pronto los murmullos resurgieron. Dwight comenzó a morderse las uñas, obligando a David a intervenir, alejándole los dedos de su boca. Nea reprimió una risa pícaro mientras codeaba a Yui.

—¿Lista para ver llorar al grandulón?— Yui la apremió con una sonrisa, pero apenas y le ponía atención. Desmenuzaba al asesino con su mirada, buscando alguna debilidad a primera vista. Pero no encontró nada. Ella pensó que estaba siendo paranoica al asumir lo peor, y trató de calmar sus nervios.

Pero no lo lograba. Presentía que el rubio sería de los fuertes.

—¿Ada?— Yui volteó a ver a Leon, quien miraba a la mujer de rojo con sorpresa y...algo más.

—¡Leon! No esperaba verte aquí.— Se percató de lo sedosa que era la voz de Ada a pesar de su sorpresa. Los murmullos cesaron, y la atención colectiva recayó en esos dos. La mirada de Leon rebotó en Yui por un instante antes de volver con Ada y recobrar la compostura.

—Parece que la espontaneidad es nuestro fuerte.

—Eso parece— respondió con levedad, nunca quitándole la mirada a Leon. Un peso incómodo se asentó en el pecho de Yui. Parece ser que escogí bien.

Con todos ahí, la cantina de Dead Dawg Saloon se transformó en el corazón de la fiesta. El la atmósfera desolada que solía cubrirlo todo fue reemplazada por música y el cuchicheo de aquellos que se regocijaban con cualquier excusa para no estar matándose entre ellos. El Traicionero se había sentado frente al piano en cuanto llegaron a la cantina. Sus dedos bailaban entre las teclas con gracia mientras recorría sus mirada dorada por las notas de la partitura. El payaso se paró detrás de la cantina para cumplir su papel habitual de cantinero en estos eventos especiales.

Leon y Ada platicaban en un rincón del salón.

—¿A quién se le ocurrió darle el trabajo de cantinero a un experto en venenos?— Leon contuvo su risa, porque sí sonaba ridículo.

—Parece estúpido, lo sé. Pero te juro que nadie sabe preparar una bebida como él. Si aún fuera policía, podría arrestarlo por todo lo que le pone a estas cosas, pero...—echó su cabeza para atrás y vertió el líquido sobrante en su garganta, sin darse cuenta de que Ada lo miraba con una sonrisa. Exhaló con satisfacción —...supongo que ya no soy policía.

—Supongo que no.— Oculta bajo su sonrisa, había sorpresa. Jamás creyó que llegaría el día en que lo escucharía hablar con tanta indiferencia de su trabajo. Siempre se había

enorgullecido de él, y de hacerlo tan bien. Le gustaba esta versión Leon, plácido y despreocupado.

Cuando se dio cuenta de que Ada lo miraba con un leve brillo en sus ojos, ya no sabía cómo pararse, o siquiera respirar con naturalidad. «¿Por qué me mira así?» gritó en su mente, pues le frustraba que después de todo este tiempo—tiempo indefinido—esta mujer aún lo pusiera así. Observó el hielo de su vaso tintinear contra las paredes de cristal mientras lo meneaba con pereza. Cualquier cosa para no verla.

«Creo que necesitaré más», pensó. Tenía la intención de dirigirse al bar, pero se detuvo en seco cuando sus ojos cayeron en Yui, que jalaba un banco de la barra para sentarse mientras pedía una bebida. Carraspeó, le pidió un momento a Ada y se encaminó hacia la barra.

—¿Puedo?— a Yui la sacó de su ensoñación un apuesto chico rubio parado junto a ella. Quería decirle que no, que se había sentado ahí para estar sola.

—Si, ¿por qué no?— y con eso, Leon arrastró un banco y se sentó junto ella. Le pidió al Payaso algo de licor que tenía en la estantería de atrás.

Ninguno de los dos habló. Yui sentía a Leon mirarla de reojo, aunque ella no lo demostrara. Tomaba sorbos de su cóctel como si él no estuviera ahí. Si no fuera por la incomodidad, se habría echado a reír en ese momento. Su amigo nunca ha sido muy sutil, aunque él opinara lo contrario.

Leon suspiró, y le agradeció al Payaso con una sonrisa fingida cuando puso el licor frente a él. Alzó el vaso y tragó una...dos...tres veces. Cuando ella volteó, su vaso Old Fashion ya estaba vacío. Antes de que Leon pudiera alzar el brazo para pedir otro trago, Yui lo impidió.

—¿Cuánto has tomado?

—Relájate, apenas es mi segunda— dijo al retirar bruscamente el brazo.

—No te excedas. No querrás que vuelva a pasar lo de...

—Sii, si. Ya entendí.— No quería aceptarlo, pero sabía que Yui tenía razón. ¿A caso se acordaba de lo que pasó en la noche de Navidad? No mucho, solo tenía fragmentos difusos: La rabia en los ojos del Traicionero mientras forcejeaba con los otros asesinos para poder irse sobre Leon, el hedor de vómito invadiendo su nariz, alguien sobando su espalda, Yui hablándole mientras el mundo se tambaleaba frente a sus ojos. Eso era todo.

No había mucho que contar de esa noche, me entretuvo unos instantes, pero no lo suficiente. Claro, los humanos no parecían opinar lo mismo. David aún se saca esa historia del bolsillo cuando la plática en la fogata se seca. Son fáciles de entretener.

A Leon se le escapó una risa mascullada. Yui le dio un empujón en el hombro.

—¿De qué te ríes idiota? ¡Por poco y te mata!— la sonrisa del policía se volvió amplia y dientuda.

—Pues lo logró en la siguiente partida. Jamás me había tunneado el Traicionero. —Se le arrugó el rostro al recordarlo—¡Cómo duelen esos cuchillos!— cuando vio la risa de Yui alcanzar sus ojos, prosiguió con gusto. —Digo, no son tan malos como las hachas de la querida coneja, pero me dejó cicatrices.

—Aaaay, revisé tu espalda y no tenías nada.

—No sé, yo creo que tienes que ir a checarte los ojos.— La incomodidad que se asentó sobre el cuerpo de Leon desde que empezó la fiesta se disipó entre las risas compartidas, y pronto un cómodo silencio floreció entre ambos.

De repente, una voz áspera y estridente, con un molesto acento británico, resonó a unos metros de ellos. El banco rechinó contra los tablones de madera cuando Leon se levantó.

—Ahora vuelvo— dijo apresuradamente, y antes de que Yui pudiera decir algo, Leon ya estaba parado junto a Ada, tratando de evitar que David le contara esa misma historia, o alguna de las muchas otras que se había memorizado.

Yui apartó la mirada cuando Leon colocó su mano en el hombro de Ada. Suspiró para tratar de alivianar el nudo en su pecho. Sabía que no tenía derecho a sentirse así. Leon y ella no eran más que amigos, muy buenos amigos. Pero aunque eso era lo que Yui predicaba tanto a los demás como a ella misma, sabía que era una verdad a medias. La manera en que vacilaban antes de apartar sus miradas, las risas que compartían por la dicha de estar en presencia del otro, el contacto físico innecesario...ella no era tonta, sabía lo que sentía por Leon, y había llegado a aceptarlo tras lo que lo que fueron, ella supuso, meses de negación. Pensó que quizás Leon sentía lo mismo por ella, ¿a caso se había equivocado? Yui no frecuentaba mucho con hombres, mucho menos hombres como Leon. Puede que lo haya malinterpretado.

Tras pedirle otro trago a Joffrey, se alejó para buscar a Nea. La gente se deslizaba de acá para allá mientras ella escaneaba sus alrededores, pero no vio a su amiga.

—¿A dónde fuiste?— Una voz a sus espaldas hizo a Yui pegar un salto. Leon sonrió cuando ella le pegó en el hombro.

—Busco a Nea.— Ella no vio a Leon voltear los ojos, estaba demasiado ocupada escudriñando a la multitud —¿No sabes dónde está?

—Nope, pero me apiado del pobre tonto al que haya decidido fastidiar hoy.— Yui le alzó la ceja y prosiguió con lo que hacía, pero antes de que pudiera alejarse, la detuvo con una mano sobre su hombro.

—Oye, ¿no quieres venir con Ada y conmigo? Creo que te caerá bien.— Yui se mordió la mejilla. En un rincón del salón estaba Ada, meneando su vaso vacío con pereza. Al verlos, ahuecó la mano alrededor de su boca y gritó:

—¡Leon! ¿Me podrías traer otra?

—¡Claro!— Bajó la voz al dirigirse a Yui —¿Vienes?

—Es que Nea...

—Olvídate de ella, estará bien. Vamos.— La guió hacia Ada.

Leon las presentó, a Yui como a su mejor amiga y, tras vacilar, a Ada como una vieja amiga.

—¿Y mi trago?— preguntó tras las formalidades.

—¡Ah! Se me olvidó, disculpa. Ahorita vuelvo.— La mujer de rojo le sonrió agradecida mientras Leon se alejaba con el vaso de Ada. Una vez que estaba lejos, soltó un suspiro, cruzó los brazos bajo su pecho y se dejó atrapar por la pared detrás de ella mientras miraba a su alrededor con aburrimiento, su sonrisa reemplazada por una expresión neutra. Yui había visto aquél ritual mil veces, el momento en el que las mujeres dejaban caer su máscara cuando ya no se sentían percibidas por un hombre. Era igual en todos los casos: El cuerpo se suelta, la encantadora sonrisa cae, y suspiran por dentro. A Yui le gustaba verlo, como un científico comprobando sus teorías.

La observó escaneando todo el salón.

—Vaya personajes que hay aquí.— Cuando Yui no respondió, siguió mirando—. No se cómo no te vuelves loca.

—¿Quién dice que no lo he hecho?— bromeó. Yui recargó su antebrazo en el hombro de la recién llegada —. Pero pronto verás que cada uno tiene su encantó, por así decirlo —. Su brazo era más pesado de lo que Ada esperaba, y sentía la firmeza de los músculos ocultos bajo su chamarra de cuero.

—Espero que tengas razón— confesó tras reírse.

—Claro que la tiene.— Leon había vuelto con un vaso en cada mano y una sonrisa reconfortante —. No te preocupes, ya te irás aclimatando.— Ada vaciló al ver un líquido verde opaco en el vaso que Leon le quería entregar.

—Estem... ¿no tienes algo como una margarita o, no sé, cerveza?

—Pues...

—Por desgracia no— intervino Yui—, no tenemos acceso a...pues, casi nada de nuestros mundos, así que Joffrey ha tenido que ingeniárselas con cosas que encontramos por aquí.

—Ah...ya veo.— Se quedaron ahí parados esperando, pero Ada no dejaba de ojear el vaso.

—No tienes que tomártelo si no quieres—dijo Yui con condolencia en su voz.

—Tiene razón, no tienes que...

Pero quedaron perplejos cuando Ada cerró sus ojos tras inhalar una bocanada de aire y le dio tres tragos profundos al vaso. Segundos después, su rostro arrugado se relajó.

—¡Eey! No sabe mal.

—¡Te lo dije!— Leon le quiso entregar a Yui la otra bebida, pero ella la rechazó—. ¿Segura? Es tu favorita—. Un brillo pasó por los ojos de Yui.

—¿En serio?

—En serio.— Yui aceptó el vaso con una sonrisa y comenzó a tomarselo de inmediato. No vio el cariño que se asomaba en los ojos de su amigo mientras la miraba disfrutar algo que pidió para ella. Pero Ada si se dio cuenta.

—Parecen ser bastante cercanos.

—Bueno, si...

—Si, un poco...

—Creo...—balbucearon ambos a la vez.

—Mmmmm, ya veo. ¿Y cómo se conocieron?

Leon comenzó a relatar la historia de su primera partida juntos, y de inmediato recordó por qué detesta contarla frente a Yui: Lo interrumpe cada cierto tiempo porque según ella, lo está contando todo mal. Leon cree tener una memoria impecable, y está seguro de que recuerda esa partida como si hubiera sido la última que jugó. La verdadera historia es una mezcla de ambas versiones, claro, pero la versión de ella se acerca más a lo ocurrido. Con el tiempo, él y Yui se fueron volviendo uno de los dúos más reconocibles entre sus compañeros, como Nea y Feng, o Nancy y Steve. Al pasar las partidas, los supervivientes se van percatando de con quiénes tienen hacen mejor mancuerna, tanto ellos mismos como sus compañeros. A veces, ellos se ofrecen objetos, baratijas inservibles con la esperanza de que los ponga con aquellos a quienes quieren como aliados en las partidas.

—¿Y ustedes como se conocieron?

—Aaamm, bueno...—Leon estaba buscando la manera de contar la historia sin que Yui arqueara su ceja. No quería que ella pensara mal de Ada, pero...

—Fue en tu primer día de trabajo, ¿no?— Ada acercó su rostro al del policía con ojos seductores, haciéndolo desviar la mirada al suelo con un tinte rojo en sus mejillas. Yui clavó su mirada en el rostro de Ada para no ver más abajo, donde su antebrazo estaba recargado cómodamente en el hombro de Leon—. Si, fue todo un caos— hablaba como si contara una historia graciosa del trabajo—, verás...

—¿El caos en Racoon City? ¿Los zombies? El...¿cómo lo llamaste? ¿Virus T?

—¿Entonces si te contó sobre mí?

—Si, solo que nunca me dijo tu nombre.— Es cierto. Le había contado sobre ella, hace cuatro navidades.

Ambos estaban sentados frente a la chimenea de Ormond con sus prendas invernales. La fiesta había terminado, y Leon decidió acompañar a Yui junto al fuego cuando la vio sentada en el sillón, mirando las brasas contenidas por la chimenea.

—Me recuerdan a mi abuela— respondió Yui cuando éste le preguntó por qué seguía ahí. Ella solía llevar a Yui al mercado navideño cada año. Sus ojos brillaban de júbilo mientras revoloteaba de puesto en puesto, maravillada por cada cosa que veía. Fue ahí donde su abuela le compró su primer patín del diablo. Después de ver el mercado, volvían a casa y

Yui jugaba con lo que fuera que su abuela le hubiera comprado esa Navidad, mientras la vieja señora la miraba sonriente.

—¿Tu papá dejó que te compraras ese patín?

—¡JA! Mi padre se molestaba cada vez que ella me compraba regalos, pero mi abuela siempre supo cómo apaciguarlo.— La madera tronaba en el silencio, y la sonrisa de Yui se fue empequeñeciendo mientras miraba las llamas de la chimenea—. Nunca supe cómo lo hacía. Creo que debí preguntarle eso, todo hubiera sido más sencillo— dijo con ligereza mientras le daba un empujón a su amigo.

—Tu padre era un idiota.— Esperó un reproche por su comentario, pero Yui solo se encogió de hombros. Él sabía que aún le dolía pensar en su padre, aunque fingiera lo contrario.

—¿Extrañas Racoon City?— Leon no contestó de inmediato.

—Pues...no lo sé, supongo que sí.

—¿Supones?

—No lo sé— repitió. No esperaba esa pregunta. ¿Extrañaba Racoon City, o será que cualquier lugar es mejor que éste? Antes hubiera dicho que sí, cuando aún tenía pretensiones de hacer algún bien como policía, pero ya ni siquiera estaba seguro de la honradez de ese trabajo. ¿Había algo que extrañara de Racoon City? —Supongo que más que el lugar, extraño a algunas personas, aunque tampoco son muchas.

—¿Como a quién?

—Andas muy preguntona, ¿no?— Ella ignoró su comentario burlón y esperó con una sonrisa en sus labios. Tras un suspiro, Leon procedió a contarle sobre Claire, Ark, y sobre una mujer que conoció en Racoon City: «Ni siquiera sé si cuenta como amiga, no convivimos mucho» le había dicho a Yui, pero ella sabía que eso no era del todo cierto, pues divagaba al tratar de describirla, su rostro se arrugaba por los recuerdos y sus ojos se removían mientras esperaba que las palabras salieran de su boca entreabierta. Al final no le dijo nada sustancial sobre ella, y Yui no lo presionó.

Se quedaron callados un tiempo. Yui volteó a verlo.

—¿Qué?— preguntó él con una sonrisa poco duradera, pues se fue desvaneciendo cuando ninguno apartó la mirada. Yui notó sus ojos cerúleos bajar a sus labios por un instante. El ex-policía carraspeó mientras se volteaba para ocultar su rostro ruborizado. Yui iba a decir algo, pero al final vaciló. Y mientras él buscaba las palabras adecuadas, ella agarró las orejeras que rodeaban el cuello de Leon y las colocó sobre su cabeza. Tras observarlo cuidadosamente, dijo:

—Te ves lindo así, con las orejeras. Deberías usarlas más seguido.— Recostó su sien en el hombro del policía, la tela suave del suéter navideño rozando su piel.

Él musitó un «gracias», rogando por que ella no pudiera escuchar los latidos que golpeaban contra su pecho. Se quedaron así, con la luz cálida reflejándose en sus rostros. Cuando la Legión los encontró dormidos, se mofaron, pero no los despertaron a petición de Susie.

Yui se olvidó de la mujer misteriosa, y él no volvió a mencionarla. Y ahora ella estaba aquí, recargada en el hombro de Leon mientras él se reía por algo que había dicho. Cuando quiso contarle a Yui lo que le había dicho Ada, ella ya no estaba ahí. Su lado policíaco volvió y comenzó a escudriñar los alrededores. En cuanto vio su cabellera castaña alejándose, comenzó a abrirse paso entre la gente.

—¡Yui, espera!— «Ya la cagué» pensó. Sus botas militares resonaban contra las tablas de madera del piso. PUM, PUM, PUM. ¿Pero estaba bien dejar a Ada sola? —¡Yui!— PUM, PUM, PUM, Leon siguió caminando hasta que pudo poner una mano sobre su hombro. Yui rechazó el contacto bruscamente y se volteó.

—¿Seguro que no has visto a Nea?— Él vaciló, desorientado por el cambio repentino.

—Emmm...no.— Se quedaron ahí parados unos segundos que se sintieron eternos para Leon.

—Okay, gracias.— Yui iba a voltearse.

—¡Espera! Yo...quiero disculparme, Yui. Ella solo--

—¿Disculparte por qué?— Se encogió de hombros con una sonrisa tiesa —. No hiciste nada malo.— Él cerró la boca tras escuchar aquello, su mandíbula tensa. Estaba harto de jugar este juego con ella, y pensó en decirle por qué se disculpaba. Pero al final, desvió la mirada mientras ponía distancia entre ellos al dar un paso hacia atrás.

—Supongo que tienes razón.— Y con eso, ella se fue. Leon se quedó ahí parado mientras Yui se alejaba, desapareciendo entre los demás rostros.

Una mano gentil se posó en su hombro, sacándolo de sus pensamientos.

—¿Todo bien?— Leon dudó.

—Si...si, todo bien.— Ada sonrió, y ambos caminaron de vuelta a su rincón en la cantina.

La fiesta siguió.

Y siguió.

La gente se iba soltando. El ambiente reservado fue reemplazado por gritos, risas y conversaciones cacofónicas que pasaron de lo personal a lo público.

Mientras Ada caminaba entre la gente, le llegaban secretos de acá y allá que archivó en su memoria para después. Sólo por si a caso. Unos vitoreos junto al piano la sobresaltaron. Ahí estaba su policía estrujado entre otros supervivientes borrachos, todos animando a una mujer morena de pelo rizado. Tenía sus brazos extendidos hacia los lados y el ceño fruncido mientras caminaba sobre una línea dibujada en la madera, tambaleándose como si fuera una cuerda floja. Ada observó a la chica poner un pie frente al otro con dificultad. Cuando al fin se acabó la línea frente a sus pies, todos celebraron mientras ella hacía una reverencia que casi la hace caer al suelo.

—Tu turno, novato— anunció David dándole a Leon unas palmadas en su espalda. Lo empujó y éste trastabilló hacia la línea pintada.

—¡Tu puedes Leon!— gritó una jovencita de ojos rasgados y pelo negro índigo cortado hasta el cuello.

—¡Leon, Leon!— David acentuaba sus porras con el puño en el aire, y pronto el resto del grupo de briagos le siguió la corriente.

Ada no podía evitar sonreír mientras todos gritaban el nombre de su chico favorito.

«Puede que estar aquí no sea tan malo como parece...» pensó con un brote de esperanza.

Alguien más observaba con su brazo recargado sobre el respaldo de la silla en la que yacía sentada. Tras unos segundos, volteó la cabeza y preguntó a su compañía:

—¿Crees que esté bien?

—Yo qué sé. Ni que fuera su niñera— contesto Yui con una encogida de hombros. Nea no dijo nada. Había estado viendo a su amiga mirando al grupo de reojo mientras ellas platicaban. Pero ahora, tenía los ojos clavados en el vaso que oscilaba sobre sus pliegues, una fina capa de líquido lila moviéndose en el fondo.

Yui sabía bien lo que estaba pasando, lo había visto incontables veces: La sonrisa floja, los párpados caídos que ofuscan su mirada perdida, la forma en que se tambalea...

Observó con recelo mientras Leon daba un paso torpe sobre la línea. Luego otro. Al tercero se inclinó demasiado a la izquierda. Cuando cayó al piso, Yui se incorporó, aunque permaneció fija en su lugar frente a la mesita redonda.

—¡Diganle a Ji-Woon que esconda sus cuchillos!— Todos se rieron por la burla de David. El piano resonó con una disonancia de notas agudas cuando Leon recargó su mano en él. Mientras se incorporaba, la sonrisa de David se iba achicando, y su expresión se volvió una de preocupación.

—¿Estás bien amigo?— le preguntó bajando la voz.

—Bien. Mejor que nunca.— La respuesta de Leon fue seca, y David se percató de que sus palabras comenzaban a fundirse entre ellas.

—No, no es cierto.— Yui apareció de la nada. Alzó el brazo de Leon y lo pasó por encima de su propia nuca mientras lo rodeaba por la cintura con el otro.

—Mierda...perdón Yui, pensé que--

—Cállate— contestó mientras alejaba a Leon de la multitud. Tras un silencio, David imitó a Yui y juntos pudieron acelerar el paso. Los demás no se percataron de su ausencia, pues ya le estaban echando porras al siguiente concursante.

Cargaron a Leon al segundo piso y lo arrastraron al cuarto del fondo. El bullicio de abajo se opacó cuando David cerró la puerta detrás suyo.

—Estoy bien, en serio— protestó mientras Yui lo recostaba sobre la mugrienta cama verde. Se estiró para agarrar un balde de madera que estaba oculto en la esquina de la habitación, pero pronto pasó a manos de Leon que, tras unas arcadas desesperadas, vació los contenidos de su estómago en el balde.

Yui lo hizo recostarse de nuevo con una mano en su pecho. A pesar de las protestas, su cabeza pegó con la almohada. Los patrones formados por las tablas del techo se tambaleaban, y el olor tibio de madera húmeda y moho que invadía sus sentidos lo hizo querer volver a vomitar. Su cuerpo le imploraba que dejara caer sus párpados, pero Leon se resistía.

Trató de incorporarse, pero Yui no se lo permitió.

—Tienes que dormir, hermano— dijo David desde la esquina en la que estaba parado con los brazos cruzados sobre su amplio pecho.

—No...

—¿Qué?

—No— repitió con más fuerza.

—¿Por qué no?

«Porque mañana continuaremos con las partidas» pensó Yui, pero no dijo nada, y David se quedó sin una respuesta.

Detrás de la mirada de conmiseración de David había otra que nadie veía, una proveniente de las rendijas entre los tablones de madera de la puerta. Por un instante, Ada vio a su padre en esa habitación, balbuceando mientras su madre trataba de aplacarlo. Pero la imagen se esfumó tras un parpadeo, tan rápido que podía fingir que no ocurrió. Leon finalmente se recostó. David abrió la puerta y salió junto con Yui, los escalones de madera crujiendo bajo sus pies mientras descendían hacia la cantina. Ada estaba del otro lado de la ventana que daba a la terraza. Alcanzó a escuchar a David preguntar si Leon estaría bien, pero ya no supo qué respondió Yui.

Ella entró a la habitación y se quedó parada junto a la cama. Aunque Leon parecía apaciguado, pues su respiración era suave y su rostro se había alisado, su frente estaba perlada de sudor, y había perdido el color de su rostro antes ruborizado por el alcohol. La culpa, su vieja amiga, comenzó a removerse en sus entrañas. No pensó que fuera un

problema, todos se estaban divirtiendo allá abajo. No vio nada anormal en el estado de Leon hasta que fue demasiado tarde, hasta que su amiga tuvo que cargarlo hasta acá. No debió incitarlo a...

—¿Y tú qué haces aquí?— escupió una voz áspera que la hizo saltar. Detrás de ella había un viejo vaquero que esperaba su respuesta con una mirada acusatoria que le indicaba que debía largarse. Ada no se movió, solo alzó los hombros y dijo:

—Pues me aseguro de que mi amigo esté bien—. Exageró su tono para sonar a inocencia fingida, aunque fuera la verdad. La comisura de sus labios se alzó al ver el espacio entre las pobladas cejas del viejo arrugarse aún más.

Permanecieron inmóviles, esperando a que la mirada del otro cediera. Pero no sucedía, y los ojos fantasmales del hombre comenzaban a sofocarla lentamente. Ada comenzó a deslizar la mano hacia la funda pegada a su cadera, pero se detuvo cuando él esbozó una sonrisa autocomplaciente.

—Te muestro la mía si tu me muestras la tuya— musitó con aspereza. Recargó su mano en una pieza de metal que colgaba del costado de su cinturón: Un arma pesada, mucho más grande que la pistola de Ada, parecía un rifle. Pero al recorrer la mirada por el aparato hasta llegar a la boquilla, vio lo que parecía ser un arpón de acero, afilado y recubierto de sangre seca, haciendo que el brillo del metal se perdiera en un rojo marrón—. Tu pequeña baratija no te salvará en las partidas.— Su sonrisa se amplió. Ella lo miró unos segundos más antes de rodearlo para salir a pazo veloz, el arma sangrienta y los ojos espectrales reapareciendo en su mente mientras bajaba las escaleras.

El bullicio de la fiesta quedó atrás una vez que se alejó del edificio principal. Cuando la presión en su pecho cedió y pudo respirar de nuevo, aminoró el paso, mirando el entorno a su alrededor por primera vez.

Un silencio espectral colgaba en el aire—hasta el caprichoso clic de sus tacones era enmudecido por la arena. Dedujo que éste era el territorio del viejo vaquero. A su izquierda, estaba la hilera de chozas muertas y menudas, cadáveres de los hogares que fueron antes. Parecían seguirla con miradas lastimosas a través de sus ventanas rotas y polvorientas. Las hazas desgastadas del molino frente a ella no giraban, apenas y los mecía el aire tibio del desierto. Lo observó todo, excepto lo que estaba a su derecha. Sabía lo que había ahí, pasó junto a ello camino a la fiesta, pero desvió la mirada casi de inmediato. Era una choza, aislada de los otros edificios, hecha de tablones de madera podrida. Presentía que yo la observaba desde ahí, y tenía razón.

Se obligó a voltear. La choza yacía inmóvil, en silencio.

—Lo sientes, ¿no?—desenfundó su pistola y la apuntó al rostro detrás de ella. Yui no se inmutó, y Ada bajó el arma al ver que era ella.

—¿Qué hay allá adentro?— preguntó tras unos segundos. Esperó la respuesta, pero en lugar de hablar, Yui apuntó con su cabeza hacia la entrada y dijo:

—Te mostraré.— Cuando Ada no se movió, Yui volteó los ojos—. No te haré daño, eres mi compañera. Además, puedes dispararme si intento lastimarte.— Claro que eso era mentira. Yo jamás dejaría que se usaran armas de fuego aquí, mucho menos fuera de las partidas, pero sus palabras apaciguaron las inquietudes de Ada.

Finalmente, caminaron hacia la cabaña juntas, Ada siguiendo a Yui de cerca. A través del portal, alcanzó a ver unas escaleras descendientes. Murmullos, gemidos de dolor acrecentaban mientras más se acercaba, y una luz roja teñía las paredes que rodeaban las escaleras. La madera rechinaba con cada paso que daba Yui. Llegó al último escalón, sus facciones esclarecidas por una luz ligeramente carmesí. Cuando le indicó a Ada que bajara, ésta dudó antes de seguir sus pasos.

Para cuando llegó hasta abajo, ya no eran solo los gemidos lo que la rodeaban, sino un profundo retumbar que recorría las paredes, como una bestia dormida. Pero lo que tensó todo su cuerpo fueron los cuatro ganchos que se mecían en medio del sótano, separados de la madera por una plataforma metálica cubierta por tantas capas de sangre seca que ya no quedaba vestigio alguno de su color original. La anticipación se agitaba dentro de mí, y el crujido de las paredes reverberó en la habitación. Ella no lo sabía, pero mañana derramaría su sangre justo ahí, como habían hecho muchos antes que ella, y como harían muchos otros siglos después.